«Este hombre dice positivamente que él es el Hijo de Dios, que es el Cristo, el Mesías; para probarlo obra en el nombre de Dios su Padre los milagros mas inauditos, hasta resucitar muertos enterrados de cuatro dias, medio podridos, de los que no era posible aguantar la hediondez. Si le dejamos obrar, todo el mundo creerá en él, y los romanos que nos tienen ya subyugados y rendidos como tributarios suyos, acabarán de destruirnos, se apoderarán de esta ciudad, y destruirán nuestra nacion.» Entonces uno de ellos, llamado Caifas, que era sumo sacerdote en aquel año, les dijo: «Vosotros no lo entendeis; ¿no veis que es un interés vuestro el que un hombre solo muera por todo el pueblo, y que la nacion no perezca entera?» Hablaba en un sentido mejor que el que él pretendia dar á sus palabras: su pensamiento era que valia mucho mas sacrificar á Jesus, quitándole la vida, sin mas motivo que porque con sus milagros atraia en pos de sí á muchos, los cuales podrian reconocerle algun dia por rey, y dar ocasion con esto á los romanos para que arruinasen el país y el templo; que era mejor sacrificar un solo hombre que todo un pueblo, y con su muerte prevenir la ruina de toda la nacion.

Esto era lo que queria decir Caifas; pero Dios daba otro sentido á lo que él decia. Caifas habló por su propio espíritu como político; pero habló al mismo tiempo por el espíritu de Dios como profeta, y en cualidad de sumo sacerdote, declarando que era menester que Jesus muriese, no solo para salvar la nacion judía, sino tambien por la salud de todo el género humano. (*Joan.* 11.) Hecha la deliberacion, no pensaron ya desde aquel dia los fariseos y los sacerdotes mas que en proporcionar un medio de quitarle la vida, y dieron secretamente sus órdenes para que se apoderasen de él en cualquiera parte que estuviese. El Salvador, á quien nada estaba oculto, y que conforme con los decretos eternos no queria ser inmolado sino en la fiesta de la Pascua, no se mostró ya en público, y se retiró á un pueblo cerca del desierto, en las cercanías de Betel, en donde permaneció cuasi dos meses con sus apóstoles, á quienes preparaba contra el escándalo de su pasion y de su muerte.

Aproximándose ya la solemnidad de la Pascua, durante la cual debia Jesus consumar por el sacrificio de su vida la grande obra de nuestra redencion, se dispuso para la muerte con alegría, y se puso en camino para ir á Jerusalen con un semblante sereno, que indicaba el deseo ardiente que tenia de dar su vida por la salvacion de los hombres. Quiso ir por la Samaria, y llegó á una ciudad de la provincia en donde no quisieron recibirle,

conociendo que iba á Jerusalen, y en razon de la antipatía de los samaritanos con los judíos cada vez mas viva. Los dos hijos del Zebedeo, Santiago y Juan, indignados de la afrenta que se hacia á su Maestro, le dijeron: «Señor, ¿quereis que mandemos que caiga fuego del cielo, y que los consuma para vengaros de la afrenta que os hacen? (*Luc.* 9.)» Mas el Salvador que nos queria enseñar que el espíritu de sus verdaderos discípulos debia ser un espíritu de caridad y de mansedumbre, y que todo zelo duro y amargo, bajo de cualquier pretesto que fuese, es un zelo falso, volviéndose á ellos, les reprendió: «Vosotros no sabeis, les dice, en virtud de qué espíritu debeis obrar; el Hijo del hombre no ha venido para quitar la vida, sino para darla; no ha venido á perder á los pecadores, sino á salvarles y tratarles con misericordia; y sabed que lo que yo quiero es la misericordia, y no la venganza; *porque no he venido para llamar los justos, sino á los pecadores.* (*Matth.* 9.)» Así que pasó adelante y se fueron á hospedar á otra aldea.

§. XLIV.

Jesucristo predice su muerte y todas las circunstancias de su pasion.

No habia ciertamente en el corazon de los apóstoles la misma alegría y quietud que se descubrian hasta en el rostro de Jesucristo; por el contrario, todos se hallaban sumergidos en una tristeza profunda por el temor de lo que debia suceder. Advirtiólo el Salvador, y queriendo prevenirles para animarles, les llamó á parte, y les dijo: «Queridos hijos mios, vamos por fin á Jerusalen, en donde todo lo que los profetas han vaticinado del Hijo del hombre quedará cumplido; porque será entregado á los príncipes de los sacerdotes y á los doctores de la ley, los cuales le condenarán á muerte, y le entregarán á los gentiles, por los que será tratado con desprecio, azotado y cubierto de salivas, y despues de haberle azotado y tratado del modo mas indigno, se le condenará á muerte. Todo esto os lo he anunciado muchas veces á fin de que cuando lo viereis suceder, sepais que nada sucede que yo no hubiese previsto, y que en mí solo consistia el evitarlo; así que, si lo sufro, es porque así lo he querido, y porque, conforme con la voluntad de mi Padre, soy yo quien ha querido rescatar á los hombres con una muerte tan ignominiosa. El éxito de esta prediccion, cuyo cumplimiento hasta en las menores de sus circunstancias vereis muy pronto, debe

responderos de la verdad de la que voy á haceros; esta es, que resucitaré glorioso y triunfante al tercer dia despues de haber sido muerto en la cruz. La seguridad que os doy de mi resurreccion debe fortaleceros contra el escándalo de mi muerte, y el claro conocimiento que tengo de la una y de la otra debe ser para vosotros una prueba evidente de mi divinidad, por mas sorprendente que sea la oposicion y contrariedad que debe haber entre una pasion y una muerte semejante y la cualidad de Mesías.» El Evangelio nos asegura que los apóstoles que no habian comprendido las dos primeras predicciones, tampoco comprendieron esta. (*Luc.* 18.)

Al mismo tiempo Salomé, madre de Juan y de Santiago, se acercó á él y le rogó que tuviese á bien prometer á sus dos hijos los dos primeros puestos en su reino. (*Matth.* 20.) El Salvador no dió respuesta á la peticion un tanto ambiciosa de aquella mujer; pero dirigiéndose á sus hijos que eran los que la hacian hablar, les dijo: «Vosotros no sabeis lo que me pedis; mi reino no es tal como os lo imaginais; en él no se conceden los primeros puestos al simple favor, sino al mérito, y deben merecerse con los padecimientos, las humillaciones y las cruces; ¿podeis beber el cáliz que debo yo beber?» Esta espresion que se halla muchas veces empleada en la Escritura, estaba muy en uso entre los judíos para significar las penas y las aflicciones «Podemos,» respondieron los dos hermanos. Parece que esta respuesta léjos de proceder de su presuncion nacia de una aficion sincera, y de un amor tierno que tenian á Jesucristo; por esto les aseguró que tendrian parte en su cáliz, y que en cuanto á la jerarquía y lugar que debian ocupar en su reino, debian dejar esta disposicion á la bondad de Dios.

La pequeña ambicion de estos dos apóstoles desagradó á los otros diez, que concibieron alguna indignacion contra ellos. El Salvador que conocia el fondo de sus corazones y que queria curar este orgullo, el cual hacia á los unos ambiciosos, y envidiosos á los otros, les llamó, y les advirtió que no debian parecerse á los grandes del mundo que solo aman la preeminencia, que dominan con imperio sobre sus vasallos; que en su servicio era menester por el contrario, que aquel que quisiese ser grande entre ellos, fuese el siervo de todos los demás, á ejemplo del Hijo del hombre que no habia venido para ser servido, sino para servir, y para rescatar las almas con su muerte.

§. XLV.

Hospédase el Salvador en casa de Zaqueo. Créese que va á aparecer el reino de Dios. Judas condena la devocion de Magdalena.

Continuando el Salvador su viaje, llegó á Jericó, y dió la vista á dos ciegos. Habia en aquella ciudad un hombre llamado Zaqueo, jefe de los publicanos y muy rico, el cual habia mucho tiempo que ansiaba en gran manera el ver á Jesucristo: como la multitud se lo impedia, porque su talla era pequeña, se adelantó, y se subió á un sicómoro ó higuera moral, en un sitio por donde debia pasar el Salvador. Pasó, en efecto, Jesus por allí, y levantando los ojos le vió, y le dijo: «Zaqueo, baja pronto, porque hoy debo hospedarme yo en tu casa.» Zaqueo bajó inmediatamente, y le recibió en su casa con sumo regocijo. Mientras que muchos murmuraban y decian: «¡Qué! ¿se ha ido á hospedar á casa de un hombre tan desacreditado por sus usuras?» Jesus les hizo ver, por la mutacion milagrosa que obró en el corazon de aquel publicano, que habia entrado como un médico en casa de un enfermo para curarle; porque Zaqueo convertido en un instante, llega, se postra á los pies del Salvador, y le dice: «Señor, desde este momento yo doy la mitad de mis bienes á los pobres, y si á alguno he defraudado en algo le doy el cuádruplo.» Entonces el Salvador lleno de alegría por haber reducido aquella oveja estraviada: «Hoy, esclama, es un dia de salud para esta casa; y si Zaqueo habia sido mirado hasta aquí por los judíos como un estranjero y un pagano, se ha convertido ya, por la fe, en uno de los hijos de Abraham lo mismo que ellos.»

Algunos de los que le oian con admiracion, creyeron que el reino glorioso del Mesías, tal como se lo figuraban, iba á aparecer muy pronto, y que yendo Jesus á Jerusalen podria en la fiesta de Pascua próxima establecer este reino de que habia hablado tantas veces; porque ellos no podian desprenderse de las presunciones de que estaban poseidos sobre la persona y sobre el reino temporal del Mesías. El Hijo de Dios, que conocia sus pensamientos, les propuso una parábola que daba á entender que el tiempo en que debia aparecer su poder no habia llegado aun; que su reino no se estableceria sino despues de haber sido él mismo maltratado por sus vasallos, que no le habrian querido reconocer por el Mesías despues de haber ejercitado la misma crueldad con sus siervos, esto es, con sus discípulos enviados

por él; en fin, que seria propiamente en el juicio último, el cual seria el gran dia de las recompensas y de las venganzas, y en el que brillaria á la vista de todos los hombres toda su majestad.

Despues de este discurso se puso Jesus en camino para ir á Jerusalen, seis dias antes de la Pascua. Habiendo llegado á Betania, en donde habia resucitado poco habia á Lázaro, hermano de Marta y de María, Simon, apellidado el Leproso, por haber sin duda sido curado de la lepra por el Salvador, le convidó á cenar. Lázaro fué uno de los convidados, y Marta quiso servir á la mesa. Durante la comida, María, hermana de Lázaro y de Marta, derramó sobre los pies de Jesus un aceite de olor de nardo escelente, y de gran precio, que unido á lo que derramó tambien sobre su cabeza fué estimado en ciento y cincuenta libras, y toda la casa quedó embalsamada. Judas, el apóstol traidor, se quejó de ello á voz en grito, diciendo: «¿A qué viene esta profusion y este desperdicio? ¿no valia mas haber vendido ese precioso licor, y habernos dado su valor para distribuirle entre los pobres?» No se esplicaba él así porque tuviese demasiado interés por los pobres, añade el historiador sagrado, sino porque era un ladron; y como estaba encargado de la bolsa comun, en donde se depositaban las limosnas que les hacian para sus necesidades y para distribuir entre los pobres, hubiera querido tener á su disposicion el precio de aquel perfume para satisfacer su avaricia. Como el Salvador vió que algunos de sus discípulos parecia que tambien desaprobaban lo que María acababa de hacer para honrarle, si bien esto estaba en uso hacerlo ordinariamente entre los judíos en sus convites, tomó el Salvador su defensa, é hizo su elogio: «¿Por qué incomodais á esta mujer? les dijo: ella acaba de hacer una obra buena, ha prevenido el dia de mi sepultura perfumando con antelacion mi cuerpo. No os faltarán nunca pobres con quienes podais ejercitar la caridad, siempre los tendreis entre vosotros, mas á mí no me tendreis siempre visiblemente en la tierra; y tened entendido que lo que María acaba de hacer será conocido y alabado en donde quiera que se predicáre mi Evangelio.» Entre tanto muchas gentes de Jerusalen, luego que supieron la llegada de Jesus á Betania, vinieron allí para verle, y para ver á Lázaro á quien habia resucitado: todo esto encendió la cólera de los príncipes de los sacerdotes y de los fariseos, y aun pensaron en matar á Lázaro, porque su resurreccion era una prueba muy sobresaliente de la divinidad de Jesucristo, que le atraia diariamente nuevos discípulos.

Al otro dia por la mañana partió Jesus de Betania, y cuando

estuvo cerca de la pequeña villa de Bethphage, situada al pié del monte Olivete, á media legua de Jerusalen, dijo á dos de sus discípulos: «Id á esa aldea que teneis al frente, allí encontrareis una pollina, y cerca de ella un borriquillo, sobre el cual todavía no ha subido nadie; desatadlos y traédmelos, y si sus dueños os preguntaren qué es lo que quereis hacer, respondedles solamente que el Señor los necesita.» Todo esto sucedió así, dice el Evangelista, para que se cumpliese todo lo que se habia profetizado acerca del Mesías, y en particular el vaticinio del profeta Zacarías (*cap.* 9.): Decid á la hija de Sion, esto es, á Jerusalen: He aquí tu rey que viene a tí en espíritu de mansedumbre, montado sobre una pollina y un borriquillo, hijo de ella, destinado á la carga. Obedecieron puntualmente el órden los discípulos; y habiendo sucedido todo como se les habia predicho, trajeron el buche y la borrica, y habiéndoles puesto sus capas encima en forma de aparejos, montó Jesus en ellos.

§. XLVI.

Entrada de Jesus en Jerusalen.

Muchos intérpretes creen que Jesus subió primero sobre la pollina para aliviar al borriquillo, que siendo todavía jóven, le hubiera sido muy penoso el llevarle todo el camino; y que el Salvador cambió de montura, y subió sobre el borriquillo cuando estuvo ya cerca de la ciudad. El Profeta, en efecto, dice: *He aquí tu Rey que viene á tí, este Rey justo que es el Salvador; él es pobre y viene montado sobre una pollina, y el buche de la pollina.* (*Zach.* 9.) Todo es misterioso en la prision de Jesucristo; todo descubre un carácter de verdad y de evidencia hasta en las menores circunstancias, y todo demuestra en él el Mesías y su divinidad.

Entre tanto el pueblo que habia venido á Jerusalen para la fiesta, y que habia sabido la milagrosa resurreccion de Lázaro de aquellos mismos que habian sido testigos del milagro, luego que supieron que Jesus llegaba, tomaron ramos de palma, y en gran multitud le salieron al encuentro, clamando: *Hosanna al Hijo de David*, esto es, salud y gloria al Hijo de David; viva el rey de Israel, que viene en el nombre del Señor. La alegría y la veneracion del pueblo eran tan grandes, que los unos estendian sus capas y sus sobreropas á lo largo del camino, y los otros cortando ramas de árboles las echaban por donde pasaba. Cuando se acercaba á la ciudad, los discípulos arrebatados de un tras-

porte de gozo á vista de la gloria que recibia su Maestro, juntaron su cántico de alegría á los del pueblo, y alabaron á Dios por todas las maravillas que habian visto, diciendo en alta voz: *Bendito sea el Rey que viene en el nombre del Señor; paz en la tierra, y gloria en el cielo.* Todo el pueblo, tanto los que caminaban delante del Salvador, como los que le seguian, uniendo sus aclamaciones á las de los discípulos, hacian resonar por todas partes las voces *Hosanna*, gloria al Hijo de David: bendito sea el que viene en el nombre del Señor: *Hosanna*, salud y gloria en lo mas alto de los cielos.

Los príncipes de los sacerdotes, los escribas y los fariseos no pudieron mirar sin furor los honores estraordinarios que se hacian á un hombre cuya pérdida habian tramado y resuelto, y unos á otros se decian: «Veis que nada adelantamos, mirad como todo el mundo corre en pos de él;» hubo tambien algunos que habiéndose mezclado entre el pueblo, no pudieron ocultar su indignacion, y dijeron á Jesus: «Maestro, haz que callen tus discípulos;» á lo cual les respondió con su dulzura ordinaria: «Yo os aseguro que aun cuando ellos callasen, las piedras clamarian mas alto que ellos.»

Apenas el Salvador descubrió la ciudad de Jerusalen, no pudo contener sus lágrimas, pensando en las desgracias que debian venir sobre esta desventurada ciudad, y sobre toda la nacion, en castigo de su estraña obstinacion en no querer reconocer al Mesías. Fueron acompañadas las lágrimas que derramó de esta amorosa queja: «¡O ciudad desgraciada, que no has querido hasta aquí conocer lo que debia hacer tu dicha! ¿por qué tanto tiempo has cerrado los ojos á la luz? ¡Ah! ¡si á lo menos los abrieses en este dia, que es para tí un dia de gracia y de paz; en este dia en que la voz del pueblo, y hasta la de los niños, te convida á reconocer y á recibir á tu Salvador y á tu Padre! Pero tú eres ciega, y quieres serlo: sabe, pues, ciudad desventurada, que Dios que conoce tu ceguera voluntaria te visitará en su furor; sabe que el tiempo de tu ruina está próximo; tú verás dentro de pocos años tus enemigos que te sitiarán y te estrecharán por todas partes, y que habiéndote forzado á rendirte, harán en tus habitantes la mas horrible matanza; arrasarán tus muros, todo lo llevarán á fuego y sangre en la ciudad, y arruinarán hasta los fundamentos todos tus soberbios edificios, y no dejarán en tí piedra sobre piedra; de este modo te visitará Dios en su furor, por no haberle querido recibir cuando te ha visitado como Salvador y como Padre.» Jesucristo daba bien á conocer por estas palabras que era mas sensible á las desgracias de Jerusalen, que

á las aclamaciones de aquel pueblo. A su llegada toda la ciudad se conmovió, y cada uno preguntaba: «¿Quién es éste?» á lo cual respondian las turbas que le acompañaban: «¿Qué, no sabeis que es Jesus de Nazareth, el gran profeta tan poderoso en obras y en palabras?» Ni fueron solos los judíos los que demostraron este empeño en conocerle.

Algunos gentiles de los que habian venido para adorar á Dios en el dia de la fiesta, no manifestaron menos el deseo de verle. (*Joan.* 12.) Es probable que estos gentiles eran por la mayor parte prosélitos, y pensaban en abrazar el judaismo, ó á lo menos que creian y adoraban un solo Dios; dirigiéronse desde luego á Felipe manifestándole el ansia que tenian de ver á Jesucristo. Felipe lo dijo á Andrés, y los dos hicieron sabedor de ello á su Maestro. Jesus que se preparaba á merecer por su muerte la salud de los gentiles, lo mismo que la de los judíos, respondió á los dos apóstoles que habia llegado la hora en que iba á ser glorificado; y que así como el grano de trigo no da fruto sino despues que ha muerto en la tierra en donde ha sido sembrado, del mismo modo su muerte seria la semilla de una gran cosecha: que los fieles que serian el fruto de ella, aprenderian á su ejemplo á aborrecer su vida en este mundo á fin de conservarla para el otro, y caminando sobre sus huellas, llegarian á la mansion de los bienaventurados.

Queriendo el Salvador prevenir la idea que podria despertarse en algunos, de que las humillaciones y la muerte nada de amargo ni terrible habian tenido para él, y que siendo como era Dios, habia embotado la punta del dolor, y disipado todos los espantos de la muerte, tuvo á bien el sentirlos hasta sin alivio; escitó voluntariamente una agitacion de las mas vivas que le hizo esclamar: «Mi espíritu está ahora turbado; ¿y qué diré yo? Padre mio, libradme de esta hora. (*Joan.* 12.)» Despues como para asegurarse él mismo, añadió: «Yo he venido para esta misma hora.» La turbacion que el Salvador manifiesta aquí á vista de su pasion, era para él enteramente libre, lo mismo que la que manifestó pocos dias despues en el huerto de los Olivos, dice un sabio intérprete: la perfecta conformidad que habia entre la voluntad humana y la voluntad divina de Jesucristo, no disminuia la vivacidad del sentimiento que debia producir en la parte inferior la idea de una muerte cruel, y este sentimiento no era tampoco opuesto á la sumision que tenia á las órdenes de su Padre, á las cuales habia suscrito él mismo; por esto añadió: «Padre mio, glorificad vuestro nombre;» como si hubiese dicho: puesto que quereis que mi muerte sirva á vuestra gloria,

no pido yo mas que se cumpla vuestra voluntad. Entonces se oyó una voz del cielo, que dijo: *Le he glorificado ya, y le glorificaré todavía*, por las maravillas que ha obrado, y por las que obrará en lo venidero.

§. XLVII.

Predice el Salvador la conversion de los gentiles á la fe.

De los que estaban presentes y habian oido esta voz, unos dijeron que era un trueno, otros que era un ángel que le habia hablado. Mas él les dijo: «Esta voz no ha venido por mí, sino por vosotros;» y para indicar los efectos que deberia producir la muerte que sufriria en la cruz: «Ahora es, añadió, cuando se va á hacer justicia al mundo que hasta aquí parecia insultar impunemente á Dios: ahora, cuando el príncipe de este mundo va á ser echado fuera, y el imperio que habia usurpado sobre el espíritu y el corazon de los hombres destruido por la abolicion de la idolatría, y por la vocacion de los gentiles á la fe: y os declaro, continuó, que cuando yo sea levantado de la tierra (sobre la cruz) todo lo atraeré á mí, judíos y gentiles, griegos y bárbaros; yo no haré acepcion de personas; el cielo se abrirá para todos los hombres; ningun pueblo será escluido de la alianza del Señor; y como voy á morir por la salud de todos los hombres, ninguno habrá que no pueda tener parte en el beneficio de la redencion.» Decia esto Jesus, dice el Evangelista, para significar el género de muerte que habia de sufrir. Comprendiéronlo bien los judíos, y esto fué lo que les hizo decir: «¿Como se compondrá la muerte del Hijo de Dios, con lo que la Escritura dice que el Cristo deberá permanecer eternamente? ¿y como dices tú, añadieron dirigiéndose al Salvador, es menester que el Hijo del hombre sea exaltado? ¿quién es este Hijo del hombre?» A lo que les respondió el Salvador, que aun tenian con ellos la luz por un poco de tiempo: «Caminad, pues, les dijo, mientras teneis la luz, porque cuando llega la noche, no es ya tiempo de caminar ni de obrar: mientras que teneis luz aprovechaos de ella:» como si hubiese dicho, de hoy mas, me queda poco tiempo que vivir entre vosotros, aprovechaos de la facilidad que mi presencia os da para salvaros: el momento va á llegar en que los que no hubieren querido creer en mí, serán abandonados á sus tinieblas, y á su voluntaria ceguera.

Habiendo dicho esto, Jesus se retiró y se sustrajo de ellos, juzgando muy bien que despues de tantos milagros obrados inútilmente a su vista, era en vano el que les dijese mas. Todo esto pasó en el templo, de donde cuando habia llegado, habia arrojado á los que le profanaban por un tráfico indigno de aquel lugar. En la misma tarde se volvió Jesus á Betania con sus doce apóstoles, y al otro dia por la mañana volvió á Jerusalen. Habiéndose acercado, cuando caminaba, á una higuera, y no habiendo hallado fruto en ella, la maldijo, no obstante que no era tiempo de higos. Secóse el árbol en el momento, lo que le obligó á decir á sus apóstoles, que se manifestaron sorprendidos, que esto era una figura que debia hacerles entender que el fiel no debe jamás estar sin fruto. Habiendo entrado en el templo, se vió rodeado de muchas gentes, entre las cuales estaban muchos fariseos y escribas que habiendo oido la parábola que propuso entonces de los convidados á las bodas del hijo del rey, los cuales se escusaron todos del honor que el rey les hacia; la del señor que distribuyó el dinero á sus siervos para que negociasen con él, y que castigó tan severamente al siervo perezoso é infiel, por no haber aumentado la suma recibida; en fin, habiendo oido todo lo que Jesus dijo acerca del juicio último y de la terrible sentencia del soberano Juez, conocieron bien en todo esto que Jesus hablaba de ellos: veíanse pintados en la mayor parte de sus parábolas: reventando de despecho, le hubieran preso de buena gana, pero no se atrevieron á apoderarse de él, temiendo que el pueblo les maltratase. Como ya habia llegado su hora, no se ocultaba de ellos; presentábase por la mañana en el templo, á la tarde se retiraba al monte Olivete, y allí pasaba la noche en oracion.

§. XLVIII.

Deliberan los judíos sobre los medios de apoderarse de Jesucristo.

Dos dias antes de la fiesta de Pascua, esto es, el miércoles, los enemigos del Salvador, que eran todos jefes de la sinagoga, escribas y fariseos, se reunieron en la sala del sumo sacerdote Caifas, y tuvieron consejo para deliberar entre sí como harian para apoderarse de él. Puede muy bien asegurarse que el furor y el encarnizamiento con que los jefes de la sinagoga, los doctores de la ley y los fariseos trabajaban para quitar la vida á Jesucristo, no eran solo efecto de su envidia y de su malicia; lo era tambien de sus remordimientos. Por maligna y por viva que fuese su aversion y su odio contra el Salvador del mundo,